

GUILLERMO ROMERO (coord.)

# Algo te puede pasar

La experiencia urbana de la inseguridad



  
**EduLP**  
EDITORIAL DE LA UNLP

comunicación

**Algo te puede pasar**  
**La experiencia urbana de la inseguridad**

**Algo te puede pasar**  
**La experiencia urbana de la inseguridad**

**GUILLERMO ROMERO**  
(coord.)



Algo te puede pasar: la experiencia urbana de la inseguridad / Carla Brunella  
De Luca ... [et al.]; compilado por Guillermo Romero. - 1a ed. - La Plata:  
EDULP, 2020.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-8348-57-5

I. Inseguridad. I. De Luca, Carla Brunella. II. Romero, Guillermo, comp.  
CDD 363.106

## **Algo te puede pasar** **La experiencia urbana de la inseguridad**

**GUILLERMO ROMERO** (coord.)



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)  
48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina  
+54 221 44-7150  
edulp.editorial@gmail.com  
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8348-57-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
© 2020 - Edulp  
Impreso en Argentina

# Índice

<b>Agradecimientos</b> .....	7
<b>Introducción</b>	
<i>Guillermo Romero</i> .....	9
<b>Capítulo I</b>	
Inseguridad y configuraciones mediáticas: marco de inteligibilidad de las relaciones sociales	
<i>Carla Brunella De Luca y Paula Posada Campoy</i> .....	17
<b>Capítulo II</b>	
La inseguridad en las narrativas mediáticas de los diarios <i>El Día y Hoy</i> . Algunas aproximaciones	
<i>Gonzalo Mamani Soraire y Serguei Komissarov</i> .....	32
<b>Capítulo III</b>	
Configuraciones mediáticas en torno a la inseguridad	
<i>Darío Medina y Rita Portaluppi</i> .....	46
<b>Capítulo IV</b>	
La inseguridad como criterio de organización territorial	
<i>Guillermo Romero y María Sofía Bernat</i> .....	68
<b>Capítulo V</b>	
Vivir la inseguridad: entre el miedo y la costumbre	
<i>María Gladys Mathieu</i> .....	100
<b>Capítulo VI</b>	
La inseguridad en la trama de los consumos mediáticos	
<i>Giuliana Pates</i> .....	122
<b>Capítulo VII</b>	
Entre cabras y leones. La noción de familia en las percepciones del problema público de la inseguridad en Argentina	
<i>Sol Logroño y Giuliana Pates</i> .....	140

<b>Conclusiones</b>	
<i>Guillermo Romero y Sol Logroño</i> .....	163
<b>Referencia Bibliográficas</b> .....	176
<b>Equipo de investigación</b> .....	184

# INTRODUCCIÓN

---

Esta publicación es el resultado de un trabajo de investigación realizado en el marco del proyecto “Agendas del deterioro y sistema de miedos. Configuraciones mediáticas en torno a la ‘inseguridad’ en informativos audiovisuales nacionales, su circulación y apropiación en la vida cotidiana de los públicos”, dirigido por la Dra. Florencia Saintout y financiado por la Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual<sup>1</sup>.

El libro sistematiza los hallazgos de la primera parte de ejecución del proyecto, en la que nos abocamos a analizar la circulación de significaciones en torno a la inseguridad a partir de establecer relaciones entre un conjunto de noticias pertenecientes a dos medios gráficos de la ciudad de La Plata, *El Día* y *Hoy*, y el relevamiento realizado en torno a las percepciones y lógicas prácticas que orientan la vida

---

1 Además de los autores de este trabajo, participaron del proceso Tomás Viviani, co-titular del proyecto, y los/as investigadores/as Rocío Quintana, Daiana Bruzzone, Pablo Bilyk, Emiliano Sánchez Narvarte y Manuel Protto Baglione.

cotidiana en dos barrios platenses: El Mondongo y Ringuelet. En una segunda etapa, el estudio prevé incorporar al análisis programas informativos audiovisuales de alcance nacional.

Asumiendo que los medios masivos de comunicación —en sus distintos formatos— ocupan un lugar protagónico en la interpretación social de la inseguridad como un problema público de primer orden, el proyecto de investigación tiene como propósito de fondo estudiar las configuraciones mediáticas sobre la inseguridad y explorar sus posibles anclajes en las valoraciones y percepciones ciudadanas sobre el tema. Resulta imprescindible indagar en los sentidos prácticos en torno a la inseguridad puestos en juego por quienes habitan la ciudad, en tanto en su experiencia cotidiana los sujetos expresan significaciones no previstas e imposibles de rastrear solamente a partir del análisis de las narrativas mediáticas. Es en la *interfase* que conecta esos diferentes planos discursivos donde resulta posible enriquecer y renovar las interpretaciones y los interrogantes vigentes.

Ello se da, en parte, porque los sujetos se vinculan con el “problema de la inseguridad” desde una trama experiencial específica, marcada significativamente por condiciones socioculturales que les son propias. Por lo tanto, en este proyecto pensamos a los sujetos no en tanto “públicos”, sino en tanto agentes de un proceso social mediatisado. De ese modo, evitamos abreviar en un estudio de la “recepción mediática” escindido de la trama cultural en la que se enmarca y que es su condición de posibilidad.

Para alcanzar los objetivos propuestos, el estudio recurrió a una triangulación metodológica entre técnicas cuantitativas y, principalmente, cualitativas. El trabajo de campo, realizado en su mayor parte entre los años 2017 y 2018, contempló dos modalidades bien diferenciadas, a la vez que complementarias. Por un lado, el monitoreo y clasificación de notas periodísticas y, por otro, el relevamiento *in situ* en los barrios escogidos para la muestra: El Mondongo y Ringuelet.

Los medios gráficos seleccionados en el diseño muestral, *El Día* y *Hoy*, constituían, al momento de la indagación, las empresas líder



res de los dos principales multimedios de la ciudad, con una fuerte incidencia en la agenda informativa platense. El período tomado para el análisis, de julio a octubre de 2017, estuvo caracterizado por la contienda electoral de medio término ejecutada en dos etapas: las elecciones primarias celebradas en el mes de agosto y las generales realizadas en octubre.

Llevar a cabo esta indagación en un contexto electoral supuso un doble criterio de relevancia. En primer lugar, en la medida en que un evento de estas características habilita la puesta en escena y la condensación de las preocupaciones sociales y los imaginarios políticos contemporáneos, el estudio se propuso desentrañar la relevancia asignada al tema por parte de los diarios analizados. En segundo lugar, los medios escogidos se hallaban inscriptos en forma deliberada en alguna de las dos principales fuerzas políticas que participaban de la contienda electoral, lo que se presentaba como una oportunidad inestimable para indagar tanto aquellos aspectos donde dicha inscripción distanciaba a ambas líneas editoriales, pero también, y esto resulta de enorme interés, aquellos otros puntos de confluencia, expresados con el tono presuntamente desideologizado del sentido común, como una suerte de consenso moral prepolítico, pero que distingue de manera inequívoca las prácticas, las zonas y los sujetos que merecen protección y aquellos otros que los ponen en riesgo.

El monitoreo de medios consistió en el seguimiento, recolección, selección y clasificación de noticias relevadas en la versión digital de los diarios *El Día* y *Hoy* entre los meses de julio y octubre de 2017. Para llevar adelante esta tarea utilizamos una matriz informática perteneciente al Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), actualmente parte del Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” de la misma unidad académica. Dicha matriz informática está compuesta de diferentes parámetros que permiten, entre otras cosas, dar cuenta de los tópicos narrados en las noticias, las fuentes mencionadas, los territorios donde suceden

los hechos relatados y su ubicación geográfica. A su vez, la matriz permite categorizar, cuantificar y codificar los datos a partir de ejes temáticos clasificados y jerarquizados por orden de importancia en función del objeto de estudio.

Por otra parte, complementamos el análisis de las narrativas mediáticas con un relevamiento realizado en dos barrios platenses, El Mondongo y Ringuelet, en la medida en que nos interesaba indagar cómo se entran en la vida cotidiana de las personas los discursos sociales que pretenden definir lo inseguro, lo violento, lo peligroso, procurando advertir, además, el rol jugado por los medios en ese proceso.

Comprendiendo que los sentidos en torno a la inseguridad nunca se establecen al margen del tejido social al que se pertenece, en este trabajo optamos por circunscribir la indagación a dos contextos territoriales concretos, buscando advertir cómo las significaciones relevadas se entran en la reproducción de la vida cotidiana (siempre con otros/as). De este modo, el estudio asume al barrio como un constructo sociocultural que no opera meramente como telón de fondo de la acción de sus habitantes, sino como una urdimbre sociosimbólica que, a partir de unas específicas características históricas, habitacionales, de transporte, económicas, de agrupamientos, de iluminación, de presencia estatal y policial, imaginarias, entre otras, gravita como condición de posibilidad para la experiencia diaria de sus vecinos/as.

Decidimos seleccionar barrios ubicados en el límite o fuera del “casco histórico” de la ciudad de La Plata, en la medida en que se trata de un enclave urbano donde el “cuadrado fundacional” es un criterio de demarcación fundante del lazo social (Segura, 2015). En este sentido, nos preguntamos por el modo en que los sujetos de la periferia de la ciudad, recurrente e históricamente señalada como zona de barbarie y peligrosidad por distintos dispositivos de autoridad (entre ellos, los medios), se reconocen o no en esos discursos, y cuáles son, a su vez, las zonas, los sujetos y las prácticas que ellos caracterizan como violentos, peligrosos e inseguros.

El relevamiento *in situ* se basó en entrevistas semi-estructuradas, observaciones participantes y no participantes y derivas. En todos los casos el propósito de estas herramientas fue captar los marcos interpretativos de los sujetos interrogados: sus percepciones, sus hábitos cotidianos, así como los valores y emociones que ponen en juego en la reproducción de la vida cotidiana.

El período de relevamiento en ambos barrios se extendió fundamentalmente a lo largo de 2017 y 2018, excepto unas pocas visitas realizadas en 2019 con el fin de contemplar algunos eventos considerados de interés para los objetivos propuestos. La cantidad de sujetos contemplados en el estudio no estuvo predeterminada, sino que para su delimitación apelamos al “criterio de saturación” (Glaser y Strauss, 1967). En total, realizamos 12 entrevistas en profundidad en El Mondongo y 11 en Ringuelet, de donde surgen los principales hallazgos del trabajo.

En la medida que asumimos que en la experiencia cotidiana los sujetos expresan sentidos no previstos e imposibles de rastrear solamente a partir del testimonio, decidimos complementar ese relevamiento con observaciones participantes y no participantes, así como con un conjunto acotado de derivas realizadas en uno y otro barrio. Siguiendo los lineamientos de Pujol y Montenegro (2008), entendemos por deriva a una técnica intermedia entre una entrada etnográfica al campo y una entrevista acompañada por escenarios definidos. En nuestro caso, se trató de realizar recorridas por el barrio en compañía de algún/una informante con el fin de identificar los tránsitos habituales, las zonas consideradas seguras e inseguras (e incluso aquellas que se evitan deliberadamente). El objetivo de esta herramienta es captar la complejidad del campo en tanto y en cuanto la inseguridad es una “sensación” que suele traducirse en comportamientos que determinan la circulación y las relaciones que se establecen en el territorio, a la vez que está afectada por ellas, sin que ello adquiera total articulación en el lenguaje verbal.

En cuanto a la organización del libro, el recorrido se inicia con “Inseguridad y configuraciones mediáticas: marco de inteligibilidad de las relaciones sociales”, escrito por Carla Brunella De Luca y Paula Posada Campoy, que puede ser pensado como una problematización global del proyecto de investigación colectivo. A partir de aportes teóricos de la criminología cultural y de los estudios de comunicación y cultura, el trabajo traza una suerte de marco conceptual general operativizado luego, en los sucesivos capítulos, a partir de abordajes concretos.

“La inseguridad en las narrativas mediáticas de los diarios *El Día* y *Hoy*. Algunas aproximaciones”, de Gonzalo Mamani Soraire y Serguei Komissarov, analiza los modos en que estos medios de comunicación construyen sentidos sociales acerca de la inseguridad, a partir del relevamiento de noticias publicadas en sus portales digitales entre julio y octubre de 2017. Valiéndose de una matriz informática que permite clasificar, cuantificar y jerarquizar la información relevada, el trabajo ofrece unas primeras entradas analíticas cuanti y cualitativas.

“Configuraciones mediáticas en torno a la inseguridad”, de Rita Portaluppi y Darío Medina, complementa el análisis esbozado en el capítulo precedente. En este caso, el trabajo se centra en las modalidades enunciativas empleadas por los diarios *El Día* y *Hoy* y los efectos de sentido que estas suscitan. A partir de una mirada comparativa, se indagan las regularidades, las diferencias y las particularidades de las narrativas de ambos diarios durante el período julio-octubre de 2017.

“La inseguridad como criterio de organización territorial en dos barrios de la ciudad de La Plata”, de Guillermo Romero y María Sofía Bernat, describe y analiza el modo en que las percepciones acerca de este tópico operan como principios de organización socioespacial en los barrios seleccionados para el estudio: El Mondongo y Ringuelet. Los modos en que los sujetos conciben las diferentes prácticas que realizan y zonas por las que transitan cotidianamente resultan constitutivas del propio territorio que habitan, delimitando fronteras internas y externas que delimitan la experiencia barrial.

“Vivir la inseguridad: entre el miedo y la costumbre”, de María Gladys Mathieu, explora los diferentes sentidos asociados a la inseguridad por parte de los y las habitantes de El Mondongo y Ringuélet. El trabajo da cuenta de la enorme relevancia que adquiere el tema para los sujetos indagados, afectando sus tránsitos, sus rutinas, sus relaciones, en suma, la reproducción de la vida cotidiana, aun cuando en general tal afectación aparece de manera implícita o naturalizada en sus relatos.

“La inseguridad en la trama de los consumos mediáticos”, de Giuliana Pates, indaga los consumos mediáticos de nuestros/as entrevistados/as y las apropiaciones que hacen de la información que circula en torno a la inseguridad. En este marco, el trabajo explora los medios, los programas y los/as periodistas que elegían para informarse, los momentos en que lo hacían, los espacios que ocupaban los dispositivos tecnológicos en el hogar, las coincidencias y las disidencias con otros miembros de la familia y las percepciones que tenían respecto de cómo se construye una noticia. En suma, cómo accedían a las noticias en torno la inseguridad y qué lugar ocupaban ellas en sus consumos mediáticos cotidianos.

“Entre cabras y leones. La noción de familia en las percepciones del problema público de la inseguridad en Argentina”, de Sol Logroño y Giuliana Pates, explora los procesos de significación ligados a lo familiar y el género y analiza los modos en los que las disputas, consensos y resistencias en torno a dichas dimensiones se escenifican en el problema público de la inseguridad en Argentina.

Por último, en “Reflexiones finales”, Guillermo Romero y Sol Logroño esbozan una síntesis de los principales hallazgos desarrollados en los distintos capítulos, a la vez que plantean nuevos cruces posibles entre ellos. Asimismo, este apartado sopesa los aportes e interrogantes que el trabajo deja planteados tanto para la continuidad de los estudios sociales sobre este tópico como para el desarrollo de políticas públicas orientadas a él.

En suma, a lo largo de estas páginas, el libro muestra de manera inequívoca que el problema de la inseguridad ocupa un lugar central para los sujetos, resultando uno de los criterios fundamentales en la gestión de la vida cotidiana. Los modos de habitar el espacio barrial, desde las dinámicas familiares y hogareñas hasta los lugares por los que se transita y las relaciones sociales que se entablan, todo ello se ve afectado por la experiencia de la inseguridad. Experiencia que no se limita a los eventos vividos “en carne propia”, sino también a aquellos otros referidos por terceros y a las apropiaciones realizadas de los múltiples discursos sociales y mediáticos que tienen a la inseguridad como recurso tópico prevalente. Así, “algo te puede pasar” resulta una expresión nativa que condensa la forma en que la inseguridad se trama en la experiencia cotidiana: en tanto certeza de la existencia de una amenaza más o menos difusa pero que afecta y pone en riesgo la vida de las personas y, por tanto, resulta un problema político de vital importancia.

## CAPÍTULO IV

---

### La inseguridad como criterio de organización territorial

El objetivo de este capítulo es describir y analizar el modo en que las percepciones acerca de la inseguridad operan como criterios de organización socioespacial en dos territorios de la ciudad de La Plata: El Mondongo y Ringuet<sup>11</sup>. El trabajo se basa en un conjunto de entrevistas, observaciones y derivas realizadas, fundamentalmente, durante los años 2017 y 2018 en el marco del Proyecto de Investigación Orientado “Agendas del deterioro y sistema de miedos. Configuraciones mediáticas en torno a la ‘inseguridad’ en informativos audiovisuales nacionales, su circulación y apropiación en la vida cotidiana de los públicos”, financiado por la Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Defensoría del Público y dirigido por la Doctora Florencia Saintout.

Los modos en que los sujetos conciben las diferentes prácticas que realizan y zonas por las que transitan cotidianamente resultan

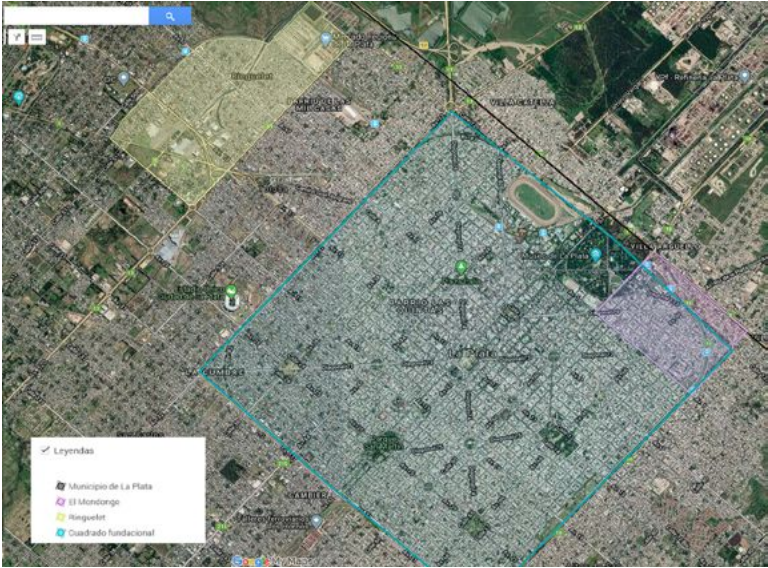
---

11 Al interior de cada territorio, hay múltiples barrios que no son homogéneos, tal como veremos a lo largo del capítulo. Aclaramos, además, que Ringuet es una localidad.

constitutivas del propio territorio que habitan, delimitando fronteras internas y externas que operan como organizadoras de la experiencia barrial.

Debido a que cada uno de estos territorios posee sus propias características y dinámicas, decidimos organizar el análisis respetando los emergentes de cada barrio. En este sentido, en primer lugar, nos detendremos en El Mondongo y, luego, nos focalizaremos en Ringuélet.

**Gráfico 1.** Ubicación de El Mondongo (rosa) y Ringuélet (amarillo) en el mapa de la ciudad



*Fuente: elaboración propia a partir de Google My Maps.*



## El Mondongo

El Mondongo está situado entre las avenidas 1, 60, 122 y 72 y constituye una de las vías de contacto privilegiadas entre La Plata y las ciudades de Berisso y Ensenada. Su nombre hace referencia a la población obrera que vivía en el barrio y trabajaba en los frigoríficos de la zona: por eso vale acabar que, en este sentido, el mondongo es un corte vacuno que simboliza la cotidianidad barrial de las primeras décadas del siglo XX y reúne la tradición de un barrio que ha vivido profundas transformaciones desde su fundación junto a la ciudad de La Plata. Algunos de los elementos característicos del paisaje urbanístico del barrio son sus casas bajas, las Facultades de Medicina, Periodismo, Veterinaria y Agronomía, la existencia de distintos clubes barriales y su cercanía con el bosque donde se encuentran los estadios de los dos clubes más grandes de la ciudad: *Gimnasia y Esgrima de La Plata* y *Estudiantes*.

Gráfico 2. El Mondongo



*Fuente: elaboración propia a partir de Google My Maps.*

En diversos relatos, estos paisajes urbanísticos reconocidos dentro de la historia “pintoresca” del barrio (la memoria inmigrante, el carácter universitario de su población, la residencia de familias de clase media trabajadora) se encuentran en conflicto con las referencias al crecimiento de la delincuencia, el reconocimiento de sus calles como “zona liberada” por la policía y, fundamentalmente, la presencia de trabajadoras sexuales que conforman la llamada “zona roja”.

### **El Mondongo y sus (otros) límites**

Es claro que la configuración simbólica de un barrio no se reduce a las demarcaciones formales que prescriben las estructuras administrativas del Estado, sino que sus habitantes con sus recorridos diarios, sus memorias e imaginarios recrean sus límites y establecen nuevas distinciones espaciotemporales. La noche y el día, las zonas más y menos transitadas, las plazas, las calles y las avenidas adquieren significaciones sociales específicas que fracturan el paisaje interior del barrio y, a la vez, lo conectan o separan de otras zonas de la ciudad.

En particular, la centralidad de la oferta de trabajo sexual en la vía pública en la constitución identitaria de El Mondongo hace que sus habitantes expandan las fronteras imaginarias del barrio en función del despliegue creciente de la “zona roja”, refiriendo una y otra vez en las entrevistas a eventos transcurridos más allá de sus límites formales.

Por su parte, al hablar sobre la cotidianidad barrial, algunos/as vecinos/as aluden a zonas aledañas, distinguiéndolas de El Mondongo, pero asignándoles un carácter constitutivo, sea porque se trata de lugares por los que transitan diariamente o bien porque los consideran una otredad que amenaza la tranquilidad del barrio. En ese sentido, Pablo, uno de nuestros entrevistados, al describir el barrio contempla también una zona ubicada a pocas cuadras de su casa donde, según cuenta, en los últimos años “creció un poco la cantidad de gente de menores recursos”. “Ahí no es tan lindo”, “está más complicado” son expresiones que dan cuenta de la caracterización de esa zona que,

desde su punto de vista, contrasta con El Mondongo que él (como otros/as entrevistados/as) no duda en calificar como de “clase media-media”, “de casas bajas” y, también, “tranquilo”. En todo caso, considera que “el problema del barrio” radica en que “está de paso” entre el centro de la ciudad de La Plata y zonas más desfavorecidas como El Paligüe, de Berisso, que aparece en el relato de varios/as vecinos/as.

Otro de los/as entrevistados/as señala algo similar al plantear que El Mondongo es un barrio “fácil” para delinquir porque tiene “un montón de salidas”. Cuando especifica cuáles son esos “puntos de fuga”, queda claro que se refiere a las conexiones con las zonas ubicadas luego de la avenida 122 o de la 72, es decir, aquellos situados “más allá” del “cuadrado fundacional” de La Plata, como se manifiesta en el siguiente fragmento de la entrevista realizada a Santiago:

La [avenida] 1 va para el este y para el sur y [por] todos los lugares donde sale al sur viene el pobrerío, porque en esos territorios ya no hay urbanización, hay calle de tierra ahí, al toque va Berisso. Entonces, siempre la calle 1 y diagonal 73 van para el fondo y en el fondo está Villa Montoro, El Paligüe, donde está el pobrerío real. Villa Argüello, Berisso, también, donde los pibes no saben qué hacer y están en la esquina, vienen con la moto. Vienen a comprar y a vender [drogas], entonces se genera un círculo vicioso todo el tiempo y si no robo. Entonces, es un cóctel explosivo.

Como queda claro en esa cita, hay una asociación entre juventud, pobreza y drogas, que queda exhibida (y materializada) al interior de El Mondongo, barrio que se convierte en escenario perfecto para llevar adelante delitos por parte de sujetos que no residen en dicho territorio, de acuerdo a las percepciones de los/as entrevistados/as.

## La tranquilidad amenazada

Inicialmente, nos resultaba llamativo que descripciones como la anterior coexistieran con la recurrente caracterización del barrio como “tranquilo” (si bien se remarca que es algo que se ha ido perdiendo poco a poco). Al punto de que, en la actualidad, sus vecinos/as tienden a quejarse en forma permanente por la inseguridad que experimentan a diario. Incluso, en algunos casos han señalado que el hecho de que se trate de un barrio “tranquilo”, donde la gente no anda por fuera de su casa a la hora de la siesta, a la noche o los fines de semana, termina contribuyendo a su potencial peligrosidad.

Darío y Pablo (padre e hijo) son enfáticos en que, si bien en ciertos aspectos El Mondongo se mantiene como un barrio “tranquilo”, hay algo de dicha característica que se fue perdiendo en los últimos años, sobre todo en algunas zonas. Pablo señala las calles menos concurridas y menos iluminadas como las más peligrosas, en tanto que Darío pone el foco en las zonas más transitadas, como las principales plazas y avenidas.

Es interesante cómo estas percepciones relativamente disímiles se vinculan con sus experiencias cotidianas. Pablo resalta como “problema” el hecho de que varios días de la semana sale de cursar en la Facultad de Periodismo cuando ya es de noche o al menos comienza a oscurecer. Como vive a pocas cuadras, cuenta que, a veces, hace el trayecto corriendo sin parar y, en algunas ocasiones, dice, no se cruza con nadie en el camino. Su papá, en cambio, al ser quien encabeza una asamblea vecinal cuya principal demanda al Estado es “mayor seguridad”, está en permanente contacto con los agentes de la comisaría y señala que, de acuerdo a las estadísticas policiales y judiciales, es en las zonas más transitadas donde se produce la mayor cantidad de delitos.

En cualquier caso, existe una visión común que abrevia en el señalamiento de que el barrio “ya no es lo [tranquilo] que era”. Asimismo, los/as distintos/as entrevistados/as señalan que el principal factor de

riesgo radica en la “zona roja”. Si bien existe un reconocimiento de que se trata de un componente tradicional de El Mondongo, esto es, nadie recuerda una época en la que en el barrio no haya existido la prostitución callejera, lo cierto es que la conciben como un “drama” que “empeoró” en los últimos años, como se ilustra en el siguiente fragmento:

Entrevistadora: Si tuvieras que describir el barrio, ¿cómo lo describirías?

Santiago: Y... Yo tengo un sentimiento de pertenencia con el barrio, lo conozco casi al detalle. Ya te digo, esta problemática de los travestis [sic] trajo mucho más a colación la delincuencia. Empezó a incrementarse hace 6 o 7 años.

Entrevistadora: ¿Antes no sucedía?

Santiago: Sí. Antes había prostitución, pero ahora con el agregado de la droga hizo estragos.

Sin embargo, sobre este diagnóstico común (hubo un incremento de la oferta pública de trabajo sexual y eso constituye un problema) se advierten distintas interpretaciones de sus causas. Para Tomás, un joven estudiante de Ciencias Económicas, ello se debe fundamentalmente a “la crisis” económica que vive el país. La “falta de [otras] oportunidades laborales”, a su entender, hace que más personas se vuelquen a esta práctica.

Darío, por su parte, vincula la expansión de la “zona roja” (y, por consiguiente, de las personas que trabajan y se acercan a ella) al “problema de las drogas”. En efecto, varios/as entrevistados/as remarcan que allí reside el componente que hace al barrio como especialmente riesgoso. En palabras de Tomás, “el problema no tiene que ver con la oferta sexual que pueden hacer eventualmente, el problema es que

se sospecha o hay pruebas de que venden drogas, que es el principal sustento de eso”. Para algunos/as vecinos/as del barrio, la mayor parte de quienes trabajan en la “zona roja” no ejercen la prostitución. De acuerdo a Darío, quien conduce la “asamblea vecinal contra la inseguridad”, esa es la razón por la cual hoy existen tantas personas trans viviendo y trabajando en el barrio, ya que para él quienes “venden droga” son “travestis”. “No tenés prostitutas mujeres vendiendo droga”, sostiene.

Norberto coincide con este diagnóstico:

[La inseguridad en el barrio está relacionada] con la zona roja, pero no en cuanto a prostitución, sino a venta de droga y vinculado a los nexos de la organización, a los que cuidan, al público de los travestis [sic], grupitos de chicos que merodean la zona y que, para comprar droga, les roban a los vecinos o a los transeúntes.

Para Darío, la conexión entre la presencia de las personas trans en el barrio y “el negocio de la droga” es “absoluta”. Ahí se “se degeneró todo”, señala. Según su punto de vista, los travestis [sic] ocuparon la calle en un momento en el que la “prostitución femenina” pasó a realizarse en departamentos privados. Él considera que “comenzaron siendo consumidoras” [de estupefacientes] y luego “fueron utilizadas”: “La gente que trae la droga al barrio se dio cuenta de que podían ser kiosquitos, mulas, vendedoras de droga y tapanlo con el tema del travesti” [sic] asegura el entrevistado.

Darío está convencido de que la mayoría de las “travestis” trabajan exclusivamente en la venta de droga. Y esboza una clasificación que permitiría distinguir las “verdaderas trabajadoras sexuales”:

... las más arregladas, las que se hacen cirugías, las que parecen más una mujer, son las que trabajan dando sexo, pero no el hombre disfrazado de mujer. Porque ni sique-

ra la mayoría es travesti, hay muchos hombres que viven como nosotros dos [en referencia a él y el entrevistador] y después se viste.

Afirma que entre las personas que ofrecen trabajo sexual “hay mujeres y travestis”<sup>12</sup> que vienen de otras provincias u otros países, principalmente de Centroamérica. En cambio, quienes se dedican a la venta de estupefacientes en general son personas provenientes del Conurbano bonaerense. Asegura que esta información emerge de las detenciones realizadas por la policía. Asimismo, señala que muchos/as de quienes se acercan a comprar “la droga” también provienen del Conurbano o de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires porque les resulta más seguro acercarse a El Mondongo que a una villa de Capital Federal.

Esta es una de las hipótesis a partir de las cuales pueden coexistir dos ideas que inicialmente nos resultaban contrapuestas: que se trate de un barrio tranquilo (en referencia a quienes allí habitan hace tiempo) y, a la vez, con un considerable incremento de prácticas delictivas (vinculadas sobre todo al negocio de la venta de estupefacientes llevado adelante por personas que “no son del barrio”). La noción de tranquilidad, en este sentido, parece remitir a una condición moral de sus habitantes, de sus vecinos/as legítimos/as. Prohibidad moral que contrastaría con la de quienes, procedentes de otras zonas, amenazan dicho estatus.

Prostitutas y travestis de Centroamérica, narcos peruanos, adictos provenientes del Conurbano bonaerense u otras zonas de La Plata y delincuentes que roban “al voleo” de regreso a sus barrios son algunas de las figuras imaginarias que encarnan la peligrosidad de acuerdo al testimonio de nuestros/as entrevistados/as. Se trata, en todos los casos, de agentes externos al barrio pero que, por alguna razón, circulan por él y socavan su tranquilidad.

---

12 Aunque no sea este el lugar para explayarnos al respecto, nótese la marcación constante de la diferencia sexual en estos modos de nombrar.

De todas formas, otro de los motivos por los que la “zona roja” es visualizada como un factor conflictivo está vinculado al hecho de que, poco a poco, muchas de las personas que trabajan allí comenzaron a residir en el barrio. En diversas entrevistas surgió el señalamiento de “algunas casas” o “pensiones” donde “hay mucho travesti” [sic]. Tomás, por ejemplo, señaló “un monoblock” que existe a media cuadra de su hogar como un lugar conflictivo, donde habitualmente se oyen gritos, peleas y suele acudir la policía. A su entender, se trata de un espacio “lleno de travestis”, donde, “por los movimientos” que visualiza, considera que “venden droga”.

De este modo, aunque en forma recurrente, aparecen comentarios que señalan una profunda incomodidad por el ofrecimiento del trabajo sexual en la vía pública, al menos discursivamente el foco está depositado en “el problema de la droga”, cuya presencia en el barrio está, en gran medida, asociado a la “zona roja” y, en especial, al “tema del travesti” [sic]. Por ello, distintos/as vecinos/as plantearon que no hay una oposición al ejercicio de la prostitución, sino que el problema es que eso “sirve de pantalla” para la comercialización de drogas ilícitas que, finalmente, termina desbordando a la propia “zona roja” y a quienes trabajan en ella. Así, por ejemplo, nos señalaron distintos lugares donde “se venden estupefacientes” y, en particular, dos entrevistados/as hicieron referencia a “un restaurante peruano”.

Por otra parte, resulta interesante rescatar los testimonios de quienes no habitan el barrio hace mucho tiempo para comprender cómo incorporan o resignifican estas percepciones. En este sentido, Virginia comenta que eligió mudarse a El Mondongo hace unos años por su cercanía con la Facultad de Medicina, en la que estudiaba por entonces. En ese momento, no sabía de la existencia de prostitución callejera en el barrio, cuestión con la que “se topó” al llegar. Asimismo, señala que, ni bien se mudó, comenzó a escuchar comentarios respecto “del tema de que se vende droga en los kioscos”.

Juana y Francisco, quienes se mudaron al barrio recientemente, al describirlo no pueden evitar compararlo con la zona céntrica en la



que vivieron con antelación. Y no dudan en considerarlo un barrio “tranquilo”, donde “te conocés con los vecinos”. Su decisión de instalarse allí estuvo vinculada a la cercanía respecto de la facultad en la que ambos estudiaban en ese momento, aunque, al mismo tiempo, según recuerdan, también tuvieron en cuenta los comentarios que recibían acerca de cómo era la zona. De acuerdo a Francisco, “lo malo eran las noticias que nosotros teníamos —por ahí— del barrio Mondongo: que es peligroso, que tengan cuidado, que no anden de noche y eso eran las averiguaciones, lo que se escuchaba decir”.

Juana, por su parte, dice que, cuando se instaló allí, los/as vecinos/as “me dieron un montón de recomendaciones”. Quizá esos comentarios influyeron en su percepción inicial del barrio. Ella recuerda que “al principio creía que era peligroso”. Sin embargo, transcurrido un tiempo en el lugar, ni ella ni Francisco (con quien convive) concuerdan con esa caracterización general, si bien toman algunos recaudos, como evitar ciertas zonas que consideran especialmente peligrosas.

El propio Francisco recuerda que, a poco de mudarse al barrio, vivió una situación que lo impactó: una noche había decidido pasar caminando por una de las esquinas que él usualmente procuraba evitar y tuvo que salir de testigo en un operativo policial. Y agrega un dato que le llamó la atención: “Me acuerdo que, donde me habían frenado, el policía había catalogado que era la zona roja. Dijo así tal cual: ‘zona roja de La Plata’. No dijo ni barrio ni nada por el estilo”.

En este sentido, queda claro que las representaciones de los/as habitantes del barrio no se deben exclusivamente a aquello que observan y escuchan en sus consumos mediáticos, ni tampoco a la experiencia directa en situaciones delictivas, sino a una experiencia vital donde existe una circulación permanente de significaciones entre medios, policía, vecinos/as y organizaciones.

Sheila, que vivió toda su vida por la zona y asegura conocer distintos barrios de la ciudad, no considera a El Mondongo como especialmente peligroso. Al contrario, lo prefiere antes que otros lugares que, a su entender, tienen una composición de gente con menos re-

cursos económicos y donde ella dice que no transita de noche con la tranquilidad con la que lo hace en este territorio.

Por su parte, Juana resalta que es un barrio en el que “todavía se puede comer entre vecinos en la vereda”. No duda en definir a El Mondongo “como acogedor, te sentís contenido, es re lindo. Cuando me pasa algo, yo sé que puedo contar con ellos [por sus vecinos]”.

Por último, interesa señalar también que no todos/as coinciden en inculpar a quienes ofrecen trabajo sexual en la vía pública. Ulises, por ejemplo, señala que, a su entender, el tema de la inseguridad está sobredimensionado y que las personas trans cumplen el rol de “chivos expiatorios”. No niega que puedan ocurrir delitos, pero considera que él se maneja más tranquilo de noche por el barrio que por el centro de la ciudad.

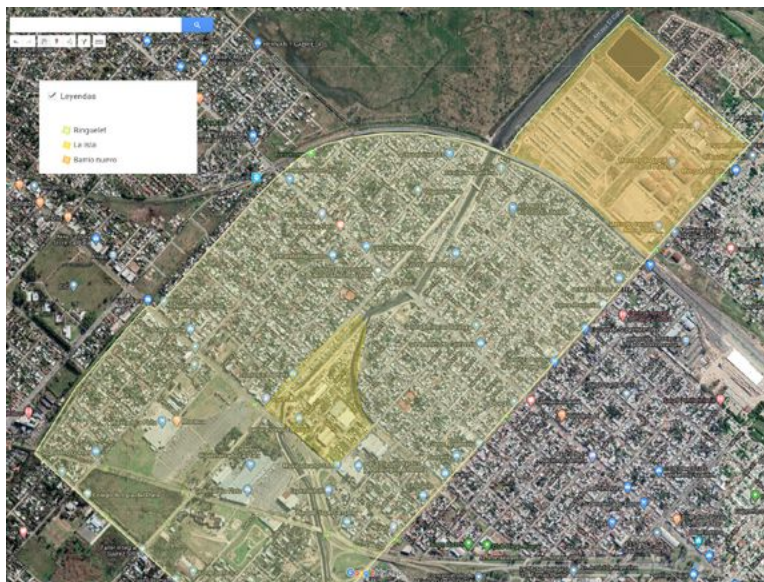
En la misma línea, algunas entrevistadas explicaron que las travestis les infunden un sentido de protección. Consideran que, sin ellas, en la calle se sentirían más inseguras. Una de nuestras entrevistadas relató que, en reiteradas ocasiones, ha salido en apoyo de las trabajadoras sexuales en operativos policiales.

Asimismo, durante el período de nuestra indagación, se realizó un festival “en apoyo a la población trans y travesti del barrio, sean o no trabajadorxs sexuales”. Eugenio, uno de sus organizadores, nos planteó que entre sus objetivos principales se destacaba disputar la idea aparentemente homogénea de “los vecinos”. En realidad, señala, hay muchos/as habitantes del barrio que apoyan la presencia de trans y travestis, quienes, a su vez, también en numerosos casos son vecinos/as del barrio.

## **Ringuelet**

La localidad de Ringuelet se extiende entre las calles 509 y 520 desde 119 a 19, aproximadamente. Se encuentra a dos kilómetros del centro de la capital bonaerense y se puede acceder a través de diversas líneas de colectivos (Norte, Oeste, 273, entre otras) y del tren General Roca.

**Gráfico 3.** Ringuelet



*Fuente: elaboración propia a partir de Google My Maps.*

### **Ringuelet y sus (otros) límites**

A partir de la indagación realizada en el barrio, puede señalarse que sus habitantes reconocen tres zonas claramente definidas: el lugar delimitado por las avenidas 7 y 13 es conceptualizado como de clase media-alta, caracterizado por lotes amplios (antiguas quintas) al igual que sus calles y veredas; entre 1 y 7 hay un sector intermedio en términos socioeconómicos, donde conviven casas amplias, y con la situación dominial resuelta, con algunas viviendas precarias y de tenencia irregular; y, de 1 hacia 118, se ubica una reciente relocalización de las familias que vivían a la vera del arroyo El Gato<sup>13</sup>, recono-

---

<sup>13</sup> Luego de la inundación del 2 de abril de 2013, el Instituto de la Vivienda de la Provincia de Buenos Aires puso en marcha un proceso de relocalización de las familias que vivían a la vera del arroyo El Gato por la necesidad de efectuar obra hidráulica. Para más información, se puede consultar el trabajo de Bernat (2018).

cida como la parte del barrio más pobre. Es preciso destacar que el arroyo corta transversalmente al barrio (es decir, a los tres sectores recién descritos) y, alrededor del mismo, siguen viviendo familias en condiciones de extrema vulnerabilidad, que son quienes constituyen la parte más estigmatizada de Ringuelet, especialmente un sector ubicado entre dos canales de agua conocido como La Isla.

## **Los barrios delimitados entre las calles 7 y 13**

Quienes habitan la zona ubicada entre 7 y 13 se refieren a su barrio como “muy tranquilo, te conocés con la gente, por lo menos a los vecinos yo los conozco, o sea, es lindo para vivir, a mí me gusta”, como nos decía Martín, quien nació en el lugar. Esa impresión general, compartida por los/as vecinos/as “de toda la vida”, se matiza un poco al referirse a algunos cambios que fueron produciéndose en el último tiempo, como la llegada de nuevos/as habitantes, varios/as de los cuales “no son propietarios” de sus casas, sino “inquilinos”. Esa distinción marca un pequeño quiebre en la vida barrial, sutil pero relevante, respecto de un momento pasado en el que “todos se conocían”.

No obstante, la distinción más importante Martín la realiza, por un lado, con quienes habitan la zona lindante con el arroyo conocida como La Isla y, por otro, con quienes viven “pasando [la calle] 7” (hacia 1). A este último sector, Martín lo llama “el Ringuelet concentrado, el Ringuelet profundo”. “Son como calles más cerradas, todas casas más juntas. Este [la zona que va de 7 a 13, donde él habita] es un barrio más residencial...”, señala.

Es interesante destacar que, en el relato de Martín, no hay ninguna referencia al sector de Ringuelet ubicado más allá de las vías. Se trata de un barrio muy reciente (al momento de la entrevista), que el entrevistado ni siquiera conoce de paso, aunque en su testimonio puede advertirse una idea clara de que, a medida que se acerca allí, el poder adquisitivo de la población decrece.

La casa de Martín está ubicada en la misma manzana que la de sus abuelos/as. Ellos/as llegaron al barrio hace unas seis décadas, cuando

todavía era un sector de quintas, con lotes amplios y pocos/as vecinos/as. En su descripción del barrio, el abuelo de Martín señala, en referencia a la misma zona que su nieto desconoce, que “para allá no tenés nada, es campo. [...] Se termina la población y empieza el campo”.

En la parte que ellos/as habitan, la distinción más clara se establece con La Isla, conocida también como “la 514”, que es el nombre de la calle que bordea el arroyo, lugar que Martín asegura conocer desde niño por haber jugado al fútbol con chicos que vivían allí. El entrevistado cuenta que “hay mucho paraguayo” en esa zona y que algunos/as vecinos/as, para evitar el contacto con ellos/as, mandan a sus hijos/as a hacer deportes a otro club, que se halla a una distancia de más de diez cuadras. En sus palabras:

Siempre fue “la 514”, como el barrio más humilde de la zona... Y La Isla yo lo conozco porque teníamos contacto con gente de ahí, no sé si toda la gente lo conoce como La Isla. O sea, mi viejo me decía “la isla” porque justamente había un nene que lo íbamos a buscar ahí siempre y nos metíamos adentro del auto a buscarlo porque... pobre pibe... están casi a la deriva. Entonces iba a buscarlo, tomábamos un mate cocido o algo para ir a jugar y conocíamos el barrio porque íbamos. No sé si todos lo conocen como La Isla pero... Sí, le decían La Isla porque está entre dos arroyos y es el último barrio.

Testimonios como el de Martín dejan en claro que el sector conocido como La Isla (o La 514) opera como la distinción más cercana que tienen quienes habitan la zona “más residencial” de Ringuelet y frente al cual construyen una identidad barrial. Al mismo tiempo, Martín señala otra diferencia relevante. Dice que, en la parte del barrio que él habita, la gente “se mete más hacia adentro”, no es de compartir tanto con sus vecinos/as. Considera que ello se debe, sobre

todo, a que tienen casas más grandes. En cambio, los/as de “la 514”, reflexiona, usan más el espacio público debido a que sus viviendas son más chicas. Además, cree que, en general, es un tipo de vida “más comunitario” el de los sectores populares, “porque se dicen primeros entre todos y se ayudan. Acá [en su zona] cada uno hace lo suyo”.

### **Los barrios del medio (o el sector ubicado entre las calles 1 y 7)**

Un segundo sector del barrio es el que va desde las vías (calle 1) hasta la avenida 7. Se trata de una zona intermedia en términos socioeconómicos y así se conciben a sí mismos/as quienes la habitan, a excepción, como dijimos, de las familias que viven en los márgenes del arroyo. Sobre todo, las manzanas próximas a 7 poseen lotes amplios y viviendas establecidas hace varias décadas. Más cerca de las vías, y especialmente del arroyo, existen casas precarias, en lotes pequeños, algunos de los cuales están ocupados por más de una vivienda.

Es el caso del hogar de Eugenia, una de nuestras entrevistadas, que vive con su marido y su hija en una pequeña casa situada al fondo de la de sus padres, donde también viven sus dos hermanos. En su relato, la zona de Martín casi no tiene presencia, es un sector que ella rara vez transita, ya que no suele trasponer la avenida 7, que es por donde circulan los micros que debe tomar para realizar sus actividades cotidianas, casi todas en el “casco urbano” de la ciudad.

En cambio, aunque tampoco conozca demasiado, en su relato, la zona de la relocalización (pasando las vías) aparece en forma recurrente. Al referirse a un robo sucedido en un negocio ubicado cerca de su casa unos días antes de nuestra charla, señaló: “Resulta que no eran de este barrio los chicos, eran de pasando el puente [se trata de un paso bajo nivel que permite conectar ambas zonas de Ringuelet por debajo de las vías del ferrocarril General Roca]. Viste que hay un mercadito, algo así, un barrio nuevo”. En su testimonio, “pasando el puente” existe toda una vasta zona indiferenciada que ella refiere

haciendo uso de distintos nombres, como puede apreciarse en el siguiente fragmento:

Entrevistadora: ¿Es el barrio El Mercadito?

Eugenia: Si, cruzando el puente.

Entrevistadora: ¿Cruzando el puente tenés El Mercadito?

Eugenia: Sí, tenés unas casitas nuevas que le pusieron “Ciudad Oculta”. Eso es “El Mercadito”. Sería en Tolosa, pero viste que le dicen “El Mercadito”, “Unión”, etc.

Entrevistadora: ¿O sea que “El Mercadito”, “Tolosa” y “La Unión” vendrían a ser casi lo mismo?

Eugenia: Si, le dicen “El Mercadito”, “La Unión”, “El Churrasco” y ahora “Ciudad Oculta” por las casitas nuevas<sup>14</sup>.

Dado que muchas de las familias que habitan esa zona vivían a pocos metros de su casa, sobre la vera del arroyo, al principio nos llamó la atención que Eugenia refiriera a ellas con un nivel tan elevado de abstracción. A medida que fue profundizando su relato, fuimos observando cierto grado de indignación y enfado hacia sus formas de vida:

Eugenia: Ellos tienen un lote de las casitas esas premoldeadas y al frente les hacen las de material para que no se muevan tanto. Pero así como te la dan [a la vivienda premoldeada], vos la tenés que entregar. Ponele, vos te mudas

---

14 Es importante aclarar que todos esos nombres corresponden a diferentes barrios populares ubicados en las cercanías. Además, Ciudad Oculta era un asentamiento que fue íntegramente relocalizado.

y te dan esa casita... y a algunos les aparecieron con tiros o cosas rotas. Y bueno, a vos no te queda otra que vivir así.

Entrevistadora: ¿Y los tiros y las cosas rotas cómo se producen?

Eugenia: Y de la misma gente. Ponele, la gente acá vivía con caballos con carros, todo sucio. Y en vez de vivir mejor allá, llevaron todo, el carro, la misma mugre y todo eso como que se hace el basural. En vez de poner un contenedor, la gente tira todo ahí. Es como que no quieren salir de la que estaban y quieren seguir en lo mismo.

Eugenia construye una visión de la zona que ella habita en contraposición al sector que fue relocalizado. Afirma:

La parte de mi barrio no me puedo quejar. Hubo dos incendios en una misma casa, así en diagonal a la mía, y todos fueron re sociables, ayudaron entre todos y apagaron el fuego antes que lleguen los bomberos. Uno se metió y sacó la garrafa por las dudas que explotara. Y bueno, así... Cuando se incendió un auto, todos ayudaron, tiraron agua. Es todo así, todo amigable, no te podés quejar en eso. O sea, si necesitás algo, te ayudan y no te dan la espalda.

En cambio, señala que en el barrio de su tía, que ella llama La Unión, “vos no podés dejar nada a la vista [por] que te roban”. También, en vaga referencia a la zona ubicada “pasando el puente”, señala: “Allá se agarran a los tiros y hubo varios casos de muertos en bala perdida”.

Lo mismo sucede cuando le preguntamos sobre la venta de drogas, que ella mencionó en reiteradas ocasiones. Explica: “En este ba-



rrio, por esta zona, no. Por el otro lado, sí”. Cuando le preguntamos a qué se refería, nos dijo que a “la 514”, la calle que bordea el arroyo El Gato, ubicado a pocos metros de su casa.

Al hacer una recorrida por el barrio, Eugenia nos señaló el puente que conecta ambos márgenes del arroyo como un lugar conflictivo y peligroso. Asimismo, si bien todo el tiempo se encargó de establecer fronteras nítidas que separaban su barrio de otras zonas, a medida que fuimos avanzando en la entrevista, fue refiriendo diversas situaciones conflictivas que sucedieron en su mismo sector y en los trayectos que ella realiza diariamente. A su vez, afirmó que es un lugar en el que “si no te conocen, estás *regalado* [expuesto a que te pase algo]”.

A pesar de que vive a media cuadra del arroyo, desconoce a las familias que debieron ser relocalizadas y a las que aún aguardan que les asignen una vivienda. Asegura enfáticamente: “Yo no los conozco”. Y también señala que, en algunos casos, se ubicaron allí luego de las inundaciones con el propósito de obtener una casa. En contraposición a dicha actitud, remarca que ella construyó la suya “trabajando”.

En la deriva que hicimos por el barrio, evitó que pasáramos por delante de esas viviendas, por lo que debimos dar una vuelta a la manzana para acercarnos a la vera del arroyo a contemplar la zona. Pese a que “a simple vista” no notábamos grandes diferencias entre los sectores que Eugenia distinguía con total nitidez, ella nos dijo que “allá se trabaja en el tema de la droga y acá es más tranquilo, no se ve pasar... Allá hay más quilombo que acá”.

## **Del otro lado de las vías del tren**

Un sector claramente diferenciado de los anteriores es el que se ubica más allá de las vías del Ferrocarril General Roca (“pasando el puente”) y que posee unos pocos años. Se trata, como señalamos, de la relocalización de las familias que vivían a la vera del arroyo El Gato y que sufrieron las inundaciones de la ciudad en el año 2013. Esta nueva zona se constituyó entre las calles 1 y 118, desde el arroyo (aproximadamente, calle 514) hasta el Mercado Regional (calle 518). En un

primer momento, las familias debieron mudarse a viviendas “provisorias” (hechas con durlock) y, luego, a las “definitivas” (construidas con ladrillo).

Estas últimas fueron realizadas por distintas empresas constructoras, lo que derivó en una diferencia en las características, los tiempos de construcción y la calidad de las casas. Según relataron los/as vecinos/as del lugar, una de las tres empresas que ganó la licitación quebró, por lo que las casas quedaron durante algunos meses “a medio hacer”, constituyéndose en puntos de “compra y venta de drogas”. Posteriormente, durante 2018, las obras fueron retomadas y, en 2019, fueron entregadas a sus dueños/as.

Este sector del barrio está delimitado hacia el oeste por las vías del Tren General Roca, que lo separa de la otra parte del barrio; hacia el este, por una lomada de tierra y tosca que lo divide de El Mercadito, perteneciente a Tolosa; hacia el norte, por el arroyo El Gato; y, hacia el sur, por el Mercado Regional de Frutas y Verduras. Es una zona donde resalta el color de la tosca debido a su reciente constitución, la relativa homogeneidad de las viviendas y la abundancia de carros tirados por caballos.

A diferencia de otros sectores de Ringuelet, debido a la tosca utilizada en las construcciones y a que, al momento del trabajo de campo, algunas calles son de tierra, se hace dificultoso trasladarse por el barrio luego de las lluvias. Eso complica, por ejemplo, la asistencia a la escuela y a los lugares de trabajo.

Asimismo, es una zona donde existen múltiples necesidades insatisfechas por parte de la población, al mismo tiempo que, en la época en la que efectuamos el trabajo de campo, se producía una visita frecuente de funcionarios/as públicos/as de diversas áreas, lo cual fue mermando durante el período de nuestra indagación. En nuestras visitas, a algunos/as integrantes del Proyecto nos han “confundido” con empleadas/os de un Centro de Salud y del Instituto de la Vivienda.

Por otra parte, la reciente constitución de la zona hace que aún no haya acuerdos en la forma de nombrarla. “Barrio nuevo”, “El Fon-

do”, “Ciudad Oculta”, son algunas de las maneras de referirse a este emplazamiento, con significaciones notoriamente distintas. Antonia, habitante de una de las casas “definitivas” y referente de un comedor que funciona en una de las “precarias” (como llaman los/as vecinos/as a las viviendas provisorias), prefiere nombrarlo como Barrio Nuevo, para evitar que sea confundido con El Mercadito o con El Churrasco, que cargan con una valoración negativa<sup>15</sup>.

Hacia el interior, se trata de un territorio que posee sus propias distinciones y fronteras sociosimbólicas. Una de ellas, que aparece en forma recurrente en los relatos de los/as vecinos/as, es aquella que separa a quienes no cartonean (considerados/as en sus discursos como trabajadores/as), de quienes sí emprenden esta práctica (calificados/as como no trabajadores/as, vagos/as, sucios/as). En palabras de Filomena:

Somos gente que realmente tenemos trabajo fijo, que nos gusta progresar, tener una hermosa casa y conservarla, pagar todos nuestros impuestos, como marca la ley. No, nos separaron a todos y a mí me pusieron al lado de las peores personas [...] Primero [mis vecinos/as] deben estar enfermos los dos porque todo el día con música, desde que se levantan hasta el otro día y si no dejan la música prendida afuera justo al lado del dormitorio y se van [...] Después me puso entre medio de cartoneros y yo, para mí, por ser una laboradora y me gusta porque antes que se vayan a robar y se gana muy bien porque yo tuve un hijo cartonero y se fue arriba mi hijo, hasta camiones tiene y ahora ya no es más cartonero, es un señor que tiene depósito.

Es recurrente la idea de que se debería “ordenar” el barrio, lo que podría traducirse en ubicar a quienes se dedican al cartoneo en un

---

15 De todas maneras, en la actualidad existe cierto consenso en nombrarlo como Barrio Nuevo. Al respecto, se puede consultar Bernat (2019).

mismo sector y, a quienes no se dedican a dicha actividad, en otro. Filomena lo explicita: “Y tendrían que haber puesto a los carreros todos en un solo lugar, una manzana para los carreros y no juntar con la gente que realmente queremos trabajar y tener una belleza”. Para Ana, uno de los problemas del barrio es que están todos “mezclados” y, antes de la mudanza a las viviendas provisorias, los/as cartoneros/as “vivían en un mundo aparte”, ya que muchos/as habitaban detrás de las vías del tren o en otros barrios.

Entre las viviendas definitivas, hay de una, dos, tres y cuatro habitaciones y están ubicadas en manzanas disímiles. Su construcción estuvo a cargo de distintas empresas y, tal como mencionamos, hay notables diferencias en cuanto a calidad, dimensiones y emplazamiento. Al mismo tiempo, cada vivienda está “pegada” a otra, lo cual es considerado, por Antonia, como algo que atenta contra la intimidad y, también, que comporta cierto peligro: “Te hacen un hueco en la pared y fuiste”.

Al indagar al respecto, notamos que no se trata solo de un señalamiento sobre el tipo de construcción, sino, fundamentalmente, acerca de los/as habitantes de esas casas. Antonia explica que allí alojaron a familias de distintos lados y las agruparon sin que se conocieran previamente. En particular, remarca que llevaron “muchos paraguayos” que antes vivían en La Isla. Por su parte, ella eligió mudarse a una vivienda de dos habitaciones (por la cantidad de miembros de su familia le correspondía “una de cuatro”), pero prefirió una más pequeña porque la terminaron antes y quería tener la certeza de recibir su casa definitiva. Pero, además, esto se debió a que deseaba mantener el contacto con sus vecinos/as y a que ocurrió un tiroteo que derivó en un pedido urgente de traslado, ya que en las viviendas provisorias no se sentía segura. En una recorrida que hicimos por el barrio, al pasar frente a “las de cuatro”, nos señaló: “Yo salgo hoy y digo ‘me mirás mi casa’ y acá [por “las de 4”], ¿quién te va a mirar?”. Por otra parte, las viviendas más grandes limitan con El Mercadito, así que Antonia prefirió alejarse de allí. En efecto, ella se ubicó en

el otro extremo. Aunque la distancia es de unos 400 metros, resalta que en su zona existe menos violencia, hay mayor seguridad y los/as vecinos/as se conocen y ayudan entre sí.

Según José, el marido de Antonia, ello se debe, fundamentalmente, a que, en su manzana, son todos/as parientes. En sus palabras: “Unimos toda esta zona que da toda la vuelta, somos todos parientes, hay primos, tíos, hermanos... Entonces como que se hizo una fortaleza”. Dice que, en ese sector del barrio, “podés andar de noche, a la hora que quieras, que no va a pasar nada”. En cambio, sostiene que:

...la otra gente que vive allá [en referencia a las casas de cuatro habitaciones], te la regalo. Si no tenés apoyo de nadie... Si vos venís de otro lado a vivir ahí y no conocés a nadie, te tenés que ir, porque todas las noches... [...] No tenés derecho a salir; si salís de tu casa, ¡olvidate, no te queda nada!

Es interesante cómo los sujetos con los/as que conversamos tienen presente el etiquetamiento que existe sobre el lugar que habitan. Marta, por ejemplo, nos contaba que a la zona de la relocalización “no entran los remises, no entran los taxis”. Agrega:

A mí, una vez, un señor me dijo: “Yo hasta el puente la llevo, pero al barrio no entro. Y para que vea que no hay mala disposición, no le voy a cobrar el viaje. Pero no entro a ese barrio porque un día me sacaron con un revólver en la cabeza”.

Sin embargo, frente a una mirada externa de la zona de la relocalización, que refiere a la misma como un todo indiferenciado, en su interior se remarcan, una y otra vez, las diferencias internas: “Nosotros seguimos siendo la Ciudad Oculta que éramos allá, en nuestro mundo, los chicos jugaban tranquilamente, acá [por el Barrio Nuevo]

entreveraron mucha gente, vinieron los de La Isla, gente de Núñez, Berazategui, Quilmes”, comenta Antonia. Respecto de la zona nombrada como Ciudad Oculta, su marido indicaba:

Todos lo tenían como zona roja<sup>16</sup>, pero ahí no pasaba nada, donde estaba el quilombo era acá [en el lugar en el que fueron relocalizados/as]. [...] Pero después nos juntaron a todos, hicieron un bolsón, y nos pusieron “zona roja”, pero en ese montón estábamos nosotros, gente que no tenía nada que ver, gente trabajadora que estaba así porque la situación de la vida lo puso así y nada más.

Resulta interesante la eficacia de ciertos modos de nombrar al barrio y a sus distintos sectores, lo que da cuenta de la existencia de un lenguaje local relativamente compartido, a la vez que se produce una resignificación y desplazamiento de esas etiquetas en función del propio lugar de enunciación. Mientras en algunos relatos, como el de Eugenia, “Ciudad Oculta” posee una carga peyorativa y remite a todo el sector ubicado “después de las vías”, en otros, como el de Antonia —que habitó en una zona denominada de ese modo antes de la relocalización—, se convierte en un nombre descriptivo (en el sentido de que vivían del otro lado de las vías y del arroyo, en un lugar de difícil acceso) y referido a un sitio de convivencia afable que recuerda con nostalgia. En ese sentido, observamos que existe una aceptación de esa etiqueta y una autoidentificación con ella, pero, al mismo tiempo, emerge una resignificación de la misma: ella plantea que ese aislamiento en el que vivían dotaba a la zona de una tranquilidad que hoy no tienen. “Nos conocíamos todos, teníamos gallinas, pollitos, más árboles y espacio verde. Los neños jugaban todo el día”, rememora.

El marido de Antonia, José, también describe a la zona que ellos/as llamaban Ciudad Oculta con cierta añoranza:

---

16 Nótese que, en este relato, “zona roja” refiere a la supuesta peligrosidad del barrio y no al ejercicio de trabajo sexual, como en el caso de El Mondongo.

Nosotros allá teníamos una paz bárbara, te puedo asegurar que no entraba ni la policía ni los chorros, porque éramos todos familiares, de punta a punta. No entraba nadie. Yo dejaba la moto, dejaba el coche afuera, nunca me pasaba nada.

Ello se contrapone en su relato a lo que sucede en el Barrio Nuevo, donde cuenta que, una vez, dejó la camioneta frente a la vivienda que les entregaron “y al otro día no tenía más la batería”.

Para Marta, por su parte, quienes vivían en Ciudad Oculta estaban todavía aguardando a que se terminen sus viviendas para poder mudarse (aunque los/as habitantes de ese antiguo barrio ya habían sido trasladados/as). Y señala, como una marcación de sus condiciones socioeconómicas (aunque quizá también de cierta condición moral), “que, en su mayoría, son carreros”. Lo que aquí resulta interesante de señalar es el carácter flexible y adaptativo de ciertas categorías relativamente compartidas en un territorio dado, cuyos sentidos específicos, no obstante, están en disputa.

A su vez, cobra relevancia que, en el relato de una referente barrial como Antonia, la zona con mejores condiciones económicas de Ringuelet no tenga presencia alguna. Por el contrario, Marta, quien también vive en Barrio Nuevo pero cuyo comedor funciona sobre la calle 5, tiene una visión que incluye la parte que va de 7 a 13, a la que no duda en definir como “más pudiente”. “Son dos barrios distintos”, sentencia.

Este dato expresa que aun habitando un mismo territorio, las fronteras (tanto internas como externas) varían en función de los repertorios de interacción sociosimbólica de cada sujeto.

## **Ringuelet y su afuera constitutivo**

Del mismo modo que sucede con las fronteras imaginarias que (re)organizan la vida barrial, la distinción con el “afuera” del barrio difiere entre los distintos entrevistados en función de su localización en

una u otra zona del mismo, así como en relación con su diferencial experiencia cotidiana.

En algunos testimonios adquiere centralidad la demarcación tensa con barrios aledaños como El Mercadito y El Churrasco, ambos de Tolosa. Ello ocurre, por ejemplo, en las palabras de Antonia y de Martina, quienes habitan la zona de la relocalización. En el caso de Antonia, ella comentó que, en algún momento, decidió cambiar a sus hijos/as de escuela porque en la que iban antes, ubicada en Tolosa, había “mucha violencia”. Marta, por su parte, quien habita esa misma parte del barrio, corrobora esa impresión sobre El Mercadito (“ahí es terrible, no podés entrar”), aunque también señala a “La Favela”, otra zona de Tolosa (ubicada a más de 20 cuadras de ahí) como un lugar “de mucha delincuencia”: “Toda la gente que roba se junta ahí. La policía los corre hasta ahí. Hay escondites. Se le dice *Favela* por eso”, asegura.

Es interesante que esos señalamientos suelen sustentarse en hechos concretos ocurridos en el último tiempo. En la zona de la relocalización, tal vez la situación de mayor intensidad emotiva tenga que ver con un conflicto que se produjo, según distintos testimonios relevados, a partir de un intento de toma de las viviendas por parte de quienes estaban trabajando en la construcción. Conflicto que ocasionó, en primer lugar, una golpiza de las mujeres adjudicatarias de las viviendas hacia uno de los obreros y, posteriormente, la respuesta con balas de plomo desde El Mercadito porque, según nos dijeron, querían quedarse con esas casas. Eso provocó el abandono del barrio durante días por parte de algunas personas (de acuerdo a los relatos, “todas las mujeres”), hasta que pudieron restablecerse con custodia policial.

Situaciones de ese tipo reactualizan y refuerzan las fronteras y divisiones sociosimbólicas. Asimismo, pocos días antes de nuestra charla, habían matado a un joven de Ringuélet en la zona de El Mercadito. “Estaba donde no debía”, dijo Antonia en una recorrida que hicimos por esa zona. Ambos barrios están separados por una loma-



da de tosca, algo así como un terraplén de unos tres o cuatro metros, aunque existen algunos puntos para pasar de un lado al otro. Antonia explicó que, originalmente, la idea era que las calles continuaran para conectar ambos barrios, pero que, en el momento de la entrevista, se pensaba hacer un zanjón para dificultar el paso. Esa idea la escuchó de un funcionario público, quien justificó la decisión en el drenaje que necesitaba la zona para evitar inundaciones, aunque ella estaba convencida que era por una cuestión de seguridad. Cuando conversamos con Marta, manejaba una información relativamente diferente:

Esa montañita de tierra divide el barrio peligroso con este. Supuestamente, dicen que ahí van a hacer un puesto de gendarmería entre los dos barrios. Por ahora, no se ve el otro barrio, pero no sé. Porque están haciendo calles para conectarlos.

### **“Ahí venden porquería”**

Al igual que en El Mondongo, los/as entrevistados/as de Ringuelet coinciden en señalar a “la droga” como uno de los principales motores de la inseguridad que padecen a diario. Aunque, quizá, la diferencia sustancial radique en que, en este caso, el foco no se pone tanto en las personas que vienen de otros lados a comprar, sino en que “los chicos” del lugar padecen problemas de adicciones y, además de poner en riesgo su propia salud, ello conllevaría a que cometan delitos dentro del propio barrio.

Dicha problemática aparece vinculada a determinados espacios: “las esquinas”, “el puente” que cruza el arroyo El Gato, las viviendas que aún faltan terminar de construir, “debajo del puente” (en referencia al paso bajo nivel que conecta el barrio por debajo de las vías del tren).

En una de las derivas realizada con Antonia a media tarde, vimos que, en algunas de las viviendas que aún no se habían terminado de

hacer, había jóvenes reunidos en su interior. Luego de una breve pausa en su relato, Antonia comentó: “Vos fijate que ahí en las casas ya están... Ahí venden porquería, se drogan a toda hora”.

Algo similar señalaba Marta en una charla que mantuvimos. Cuando le preguntamos si se trataba de algo que podía observarse a simple vista, nos dijo:

Marta: No, es visible. Vos vas caminando ahora para el barrio ese nuevo y, de ese lado de acá, quedaron un montón de casas sin terminar.

Entrevistadora: “Ese lado de acá”, ¿a qué te referís?

Marta: Cuando vos vas caminando la vía del otro lado y hay una tanda de casas que quedaron sin terminar porque la empresa quebró. Los chicos utilizan esas casas para entrar a drogarse. Vos los ves ahí que pasan la tarde y ya los ves tumbados, que ni te conocen. Entonces, la utilizan para eso los pibes. Las han roto todas, le han hecho agujeros, se esconden de la policía.

Además de las viviendas sin terminar, el otro espacio barrial densamente cargado con una connotación negativa es la “esquina”. En una de nuestras entrevistas, José nos decía: “Andá a las diez, once de la noche. Hay diez, quince vagos en cada esquina, fumando porro [marihuana], tomando”.

En la misma sintonía se expresaba Marta:

Marta: El tema de las esquinas... Eso es un peligro. Se te echan a perder en un segundo si los dejás salir. Es lamentable.

Entrevista: ¿Cómo “la esquina”?

Marta: La esquina. Hacen esquina los chicos. Si vos no los tenés en cuenta que están con chicos que están consumiendo, empiezan a consumir enseguida. En muy poco tiempo si están en la calle empiezan a consumir. Con los chicos adolescentes tenés que tener un cuidado terrible. Con chicos adolescentes te digo ya 10, 11 años empezar a mirarlos con quién se juntan.

En este último fragmento, se observa cómo “el tema de las esquinas” no solo supone un riesgo para quien debe pasar por allí, sino que, para quien debe criar a un/a niño/a en el barrio, existe el temor de que “se te echen a perder”. En palabras de José:

Los míos [por sus hijos] están estudiando y los tengo que tener recontra cagando: cuando estoy, estoy con ellos; los saco, los saco conmigo, ando atrás; y todos los días los reviso, hasta los huelo. Tenés que ponerte así. Y a veces te da cosa, pero es la única forma de que tengan un futuro.

### **“Toda una isla de paraguayos”**

Al igual que en el caso de El Mondongo, en Ringuelet, un marcador social que genera fuertes distinciones dentro de la cotidianidad barrial es la nacionalidad. En una de las derivas realizadas en el barrio, al pasar frente a las viviendas de cuatro habitaciones, Antonia nos decía en relación a sus habitantes: “La mayoría son paraguayos y bolitas [bolivianos] y viste que ellos... Hay paraguayos que son educados y hay paraguayos que son maleducados, acá, por lo visto, que yo tengo algunos familiares, cuando llega la tarde no se puede estar”.

Marta, por su parte, afirma:

Al lado mío, hay una señora que es paraguaya y que era del otro lado del arroyo. Después de ahí, son todos para-

guayos. En realidad, hay toda una isla de paraguayos que hay que pasar para allá y no sabés la cantidad que vinieron ahora.

Cuando intentamos desentrañar los sentidos subyacentes a la marcación de la nacionalidad de origen de estas personas, Marta aclara que “son gente relaburadora”, pero, de todos modos, señala ciertos conflictos que trae aparejada su presencia. Por un lado, dice que cada vez vienen más personas a vivir a la zona, lo que supone un conflicto en ciernes debido a que, probablemente, no haya “lugar para todos”. Asimismo, plantea que algunos/as están construyendo con ladrillos en las casas “precarias”, que se supone deberían dejar cuando les asignen una vivienda “definitiva”. “No sé qué va a pasar”, remata preanunciando posibles situaciones de violencia en un futuro cercano.

José, por su parte, al comparar la zona de las viviendas de dos habitaciones (en la que vive junto a su familia) con “las de cuatro”, nos decía:

Allá es otra gente. Allá te digo cómo vinieron: vinieron de La Isla, vinieron de Romero, de todos lados vinieron, no es que sacaron de una sola zona y hay gente de todo tipo. Hay paraguayos, peruanos, bolivianos. Y no conocés a esa gente, ¿cómo hacés para conocerlos? En cambio, acá nosotros sí conocemos, mal que mal, conocemos. Los demás son todos parientes o los viste por ahí, en esta zona, pero a la gente que trajeron de otra zona ¿cómo hacés? Paraguayos están metidos ahí. Tres muertes ya hubo desde que estamos, dos chicas y un pibe.

Desde luego, no se trata meramente de enunciar la condición de “no-argentinos/as” de esas personas, sino que, al decir “paraguayos”, se señala algo más. Hay un plus de sentido que, aun con relativas

diferencias entre distintos/as entrevistados/as, coinciden en señalar que se trata de un “problema”. Dicho sentido emerge con mayor nitidez cuando, en la conversación con la abuela de Martín, quien habita en la zona “más residencial” de Ringuelet, aparecen referencias a sus propios ascendentes familiares:

Mis padres eran búlgaros y los padres de mi marido también [...] Bueno, mi marido como todo hijo de inmigrantes... ¿qué querían los padres? Que los hijos estudien, porque vinieron pobres [...] Yo me crié en una panadería donde era toda gente pobre, morocha, la que trabajaba en la cuadra. No es que eran europeos de ojos azules. Eran educados, los hijos eran educados. “Hola, ¿cómo le va?” ¿Viste? Ahora no. A mí me parece que falta la educación desde la familia.

Por último, interesa señalar que, así como la nacionalidad es empleada recurrentemente como un marcador identitario utilizado para establecer barreras y distinciones al interior del barrio, durante nuestra indagación pudimos relevar, asimismo, esfuerzos para transformar esa situación. En particular, algunas vecinas (acompañadas por referentes de instituciones estatales y universitarias) llevaron adelante una “feria del plato” con comidas “típicas” de las distintas nacionalidades presentes en el Barrio Nuevo.

Ana, una de sus impulsoras, comentó que el objetivo de la actividad fue empezar a “calmar un poco las aguas”, en referencia a diferentes conflictos y situaciones de violencia sucedidas en el último tiempo. En sus palabras:

Vincularse con los vecinos costó porque, al no conocerte, también... Discriminación por la ignorancia misma “porque vos sos paraguayo, porque vos sos boliviano, porque vos sos peruano” o “¿por qué te dieron a vos la casa siendo

que vos sos extranjero, por qué no priorizaron primero a los argentinos?”.

En este sentido, resulta interesante destacar cómo aquel marcador identitario que era empleado para trazar fronteras (la nacionalidad) terminó resultando, asimismo, un recurso para intentar construir puentes.

## **A modo de conclusión**

El objetivo de este capítulo fue presentar y describir los dos barrios en los que realizamos la indagación: El Mondongo y Ringuelet. Como puede advertirse, se trata de territorios caracterizados por múltiples fronteras sociosimbólicas que los unen y los separan del resto de la ciudad. Fronteras a veces más nítidas, otras más difusas, pero siempre relevantes en la organización de la vida cotidiana de sus habitantes.

Fronteras que no siempre coinciden con las demarcaciones oficiales, aunque sus redefiniciones locales suelen tenerlas en cuenta. En suma, como pudimos ver en estas páginas, la experiencia de la inseguridad resulta un eje crucial en la constitución de una territorialidad con delimitaciones múltiples, lo cual opera como uno de los principales organizadores de la cotidianidad barrial.

## Equipo de investigación

**Carla Brunella De Luca.** Licenciada en Comunicación Social (UNLP). Maestranda en Criminología Mediática (FPyCS - UNLP). Doctoranda en Comunicación (FPyCS - UNLP). Docente de Grado y Posgrado (FPyCS - UNLP). Becaria doctoral de la UNLP con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS - UNLP).

**Sol Ailén Logroño.** Licenciada en Comunicación Social. Maestranda en Sociología de la Cultura y Análisis cultural (IDAES - UNSAM). Doctoranda en Antropología Social (IDAES - UNSAM). Docente en Grado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Directora de Formación en Derechos Humanos (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires).

**Giuliana Pates.** Licenciada y profesora en Comunicación Social (FPyCS - UNLP). Maestranda en Sociología de la Cultura y Análisis cultural (IDAES - UNSAM). Doctoranda en Sociología (IDAES - UNSAM). Becaria doctoral CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS - UNLP).

**Darío Medina.** Licenciado y Profesor en Comunicación Social (FPyCS - UNLP). Doctorando en Comunicación (FPyCS - UNLP). Becario doctoral CICPBA con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS - UNLP).

**Gonzalo Mamani Soraire.** Licenciado y Profesor en Comunicación Social (FPyCS - UNLP). Becario Doctoral CONICET Temas Estratégicos, con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS - UNLP). Maestrando Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES/UNSAM). Doctorando en Comunicación (FPyCS - UNLP).

**María Sofía Bernat.** Integrante de la Dirección de Redes Intersectoriales en Salud de la Universidad Nacional de La Plata. Doctora en Comunicación y Licenciada en Comunicación Social con Orientación en Periodismo (FPyCS -UNLP). Exbecaria interna doctoral y posdoctoral del CONICET (2013-2020). Becaria Presidente Néstor Kirchner en el período 2017-2018 (The New School y UNSAM).

**Paula Posada Campoy.** Licenciada en Comunicación Social con orientación en Planificación y Profesora en Comunicación Social (FPyCS - UNLP). Exbecaria de inicio en la investigación del Consejo Interuniversitario Nacional (convocatoria 2016). Docente en el curso “El derecho humano a la migración” de la Subsecretaría de Derechos humanos de la provincia de Buenos Aires.

**María Gladys Mathieu.** Licenciada y Profesora en Comunicación Social por la UNICEN. Doctora por la Universidad Complutense de Madrid (UCM) en Metodología de la Investigación en Comunicación, Cultura y Sociedad. Docente en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS - UNLP), en la Facultad de Ciencias Humanas y Ciencias Sociales (UNICEN) y en la Maestría en Gestión y Desarrollo Gubernamental de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA).

**Serguei Komissarov.** Licenciado y profesor en Comunicación Social (FPyCS - UNLP). Doctorando en Comunicación (FPyCS - UNLP). Becario doctoral UNLP, con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (FPyCS - UNLP).



**Rita Portaluppi.** Técnica Superior en Comunicación Popular (FPyCS - UNLP). Estudiante de la Licenciatura en Comunicación Social con orientación en Planificación (FPyCS - UNLP).

*Algo te puede pasar. La experiencia urbana de la inseguridad* explora la circulación de sentidos sociales en torno a “la inseguridad” y sus anclajes específicos y disímiles en la vida cotidiana de lxs habitantes de dos barrios de la ciudad de La Plata. “La inseguridad” ocupa un lugar central para estos sujetos y se convierte en uno de los criterios fundamentales en la producción y gestión del espacio urbano. La experiencia de la inseguridad afecta y condiciona desde las dinámicas familiares y hogareñas hasta los lugares por los que se transita y las relaciones sociales que se entablan; experiencia que no se limita a los eventos vividos “en carne propia”, sino también a aquellos otros referidos por terceros y a las apropiaciones realizadas de los múltiples discursos sociales y mediáticos que tienen a “la inseguridad” como recurso tópico prevalente.

**Guillermo Romero** es Licenciado y Profesor en Comunicación Social (FPyCS – UNLP). Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES-UNSAM). Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Docente de Grado y Posgrado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS – UNLP). Becario Postdoctoral del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones en Estudios de Género (IIEGE) de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

